

Admirables hijos

Me encuentro satisfechísimo en medio de mis hijos más queridos que sois vosotros los obreros por ser los más sufridos y sacrificados. No os digo esto por captar vuestro benevolencia o halagaros; es el grito de mi conciencia de representante de Aquel que levantándose en medio de la multitud clamó "venid a mí los que estáis agobiados y cargados que yo os aliviaré". Y a eso he venido, yo hoy; a testimoniarnos y a expresarnos los sentimientos de simpatía y de adhesión del mismo Representante de Cristo en la tierra, del Vicario de Cristo, que está cerca de vosotros, que está en espíritu con vosotros.

Testimonio de esta su solicitud paternal hacia vosotros es la bendición que os traigo; hoy es para la Unión Cerrajera y sus obreros; mañana, muy pronto, espero que llegará también para las demás empresas y obreros de Mondragón. Qué es y para qué es esta bendición? Es la prueba del interés de S.S. el Papa por el mundo del trabajo. Es el estímulo que ofrece el Papa para que se prosiga con ritmo acelerado ese incipiente acercamiento de los dos factores de la producción. Es su gesto de aprobación de los nobles afanes de quienes han de conseguir que los postulados de la justicia y de la caridad cristiana se traduzcan en un reparto más equitativo de los bienes. Para ello exige el, Papa a los de arriba, a los empresarios que moderen su ambición de bienes y pongan freno a su egoísmo en provecho de aquellos a quienes la miseria y la estrechez les obliga a crear esos bloques de fuerza, evidentes hoy por el espíritu de rebeldía y de odio. Al mal se le ha de aplicar el remedio en su misma raíz.

Apruébanse aquí esos conatos de acercamiento que se traducen en la creación de esa Escuela de Aprendices, que permite y facilita el acceso de los hijos de los obreros más pobres a los primeros puestos de la Empresa, b) en la constitución y funcionamiento de esa institución modelo que se llama Hebraeum cuya potencialidad crece por esa colaboración o concurso mutuo que se ofrecen la Empresa y los obreros, c) en esas viviendas cuyos proyectos se han estudiado y se espera que pronto se llevarán a cabo mitigando por lo menos uno de los problemas más agudos y más trascendentales que tiene hoy Mondragón, problema que el obrero no puede solucionar y en bien del mismo han de solucionar las autoridades y las empresas, ya que en estas dejan aquellos su trabajo que les debe bastar para satisfacer sus necesidades todas.

Estimulase aquí a que esa cooperación de empresarios y obreros siga adelante por ese camino hasta que la sociedad nos ofrezca un cuadro más consolador que el actual en el que mientras unos pocos gozan de todas las ventajas y comodidades de la civilización y del progreso, que es obra de todos, otros muchos, la inmensa mayoría viven en la miseria y en la pobreza. Estimulase aquí a que quienes estamos redimidos por la misma sangre de Cristo - valemos todos lo mismo - y estamos también destinados a la posesión de una patria común, tengamos aun aquí donde estamos de pasar una suerte un poco más nivelada haciendo que el bienestar no sea patrimonio exclusivo de unos pocos sino alcance a poder ser a todos. Estimulase aquí a que vuelva a ser realidad en el mundo cristiano aquel ideal de unidad y de comprensión cuya realización en aquellos tiempos de fervor cristiano expresaba sencillamente el sagrado escritor cuando decía que todos los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma. La fuerza mágica que inspiró aquellos corazones en uno fue el amor, la caridad.

Veamos que el siglo pasado se descompone la sociedad al grito mágico de libertad. Desaparecen en el mundo social aquellos gremios y aquellas Asociaciones y la libertad en los contratos y en las relaciones económico-sociales inaugura la época de la explotación del pobre por el capitalista. Se pretende la solución por el camino de la violencia, que era el único que se les ofrecía a las masas proletarias. La reacción de las masas se sintetizó en una palabra mágica - igualdad - en nombre de la cual se han llevado a cabo las revoluciones sociales. Igualdad en la miseria y en la pobreza... no puede ser la solución ideal. Es que el odio de plebeo no podía aspirar a más. Ese odio ha provocado las guerras y ese odio ha lanzado al mundo a estos estados de dolor. Medio siglo de luchas sociales, de experimentos de organización social... pero en ninguna parte se ha dado todavía con ese orden que satisfaga las exigencias del hombre. La prueba es el clamor unánime del mundo por un orden nuevo. Cada caudillo y cada Jefe consuela a su pueblo prometiendo para el futuro un orden mejor. Pero ese orden nuevo no puede ser otro que el cristiano, no puede cimentarse más que sobre una base inconmovible, firme y esa base no es otra que el Evangelio, no es otra que la ley cris-

tiana, no es otra que la ley del amor, la ley de la caridad. La caridad es plenitud de la ley. Quien ha cumplido con la caridad ha cumplido con la ley. Y qué tema más sabroso para tratarlo? Como Obispo y como Padre no puedo hablar, hijos míos, de otra cosa mejor que de la caridad, del amor. Pero rechazaré primero un prejuicio. Al decir que en la caridad está la solución no queréis dejar a un lado el camino de la justicia, sino avanzar más allá de la justicia. Esta caridad no es una sustitución de la justicia, sino el vínculo de perfección. "La justicia sola, aun observada puntualmente, puede ser verdad, hacer desaparecer la causa de las luchas sociales, pero nunca unir los corazones y enlazar los ánimos" dice Pío XI. La justicia no llena los abismos, antes bien es verdad que a veces los cava, en todo caso los nivela precisando los bordes como dice el P. Plus: "El muro está en talud empinado, se ha deslizado un poco de tierra; se ha suavizado la pendiente, y presto forará casi un puente," y la justicia restaura el foso, dando a cada uno lo suyo. La vida pública y las instituciones de los pueblos deben informarse por la justicia, pero la caridad social debe ser como dice el Papa Pío XI "como el alma de ese orden" a que debemos aspirar. Lo que mueve a la justicia es un derecho que percibimos en el prójimo. Lo que pone en violento a la caridad es ya, no un derecho sólo, sino es una necesidad, un sufrimiento, un dolor que discernimos en el indigente o en el necesitado. La caridad exige que se de, no solo lo ajeno, sino hasta lo propio.

La caridad es una virtud que se nos impone a los cristianos por su propio peso. Nosotros reconocemos en Dios el soberano derecho de ser amado no solo en sí mismo sino también en la persona de los que son sus sustitutos entre nosotros, éste es, en la persona de los infelices que sufren. "Dios es dueño soberano de nuestros bienes -exclamaba Bourdelaue-, aun más, Él es en absoluto su verdadero señor y propietario. Él por lo tanto debe recoger sus frutos. Y qué hace Dios? Dios cede y dedica estos frutos a la subsistencia de los pobres...: Él se sustituye a los pobres para exigirlos en nombre de ellos. De ésta modo la caridad con relación al pobre es un deber de caridad y de misericordia, relativamente a Dios es un deber de justicia, un deber de dependencia y de sujeción. "No hay en el Evangelio otra virtud cuya omisión sea tan severamente castigada e reprobada. Jesús nos presenta la caridad como la norma según la cual seremos juzgados, elegidos o reprobos. "No me habeis dado de comer... no me habeis vestido... no me habeis visitado... apartaosalditos... id.. al fuego eterno preparado para el demonio y sus secuaces."

Os diré con León XIII que la salud que se desea se ha de esperar de una grande efusión de caridad, es decir, la caridad cristiana, en que se compendia la ley del todo el Evangelio. Es esta caridad paciente, benigna, que no busca su provecho, que dispone al hombre a sacrificarse a sí propio por el bien de los demás la que yo os recomiendo en vuestros potentos, amados hijos que tenéis en vuestras manos la gestión de la Empresa. La medida de la caridad es la necesidad del indigente y mirad -es verdad que se ha hecho mucho- mirad sobre todo lo que queda por hacer mientras haya necesitados, indigentes en torno nuestro. Esta es en vuestros que a nada debéis poner raso, debe desbordar la generosidad, debe mandar la generosidad. Satisfecho en la medida que pedáis las necesidades de vuestros obreros, que Dios os dará el ciento por uno, Dios bendecirá vuestra empresa. Y, queridos obreros, a vosotros os recomiendo también que abrais vuestros corazones, que depongais el odio, que superéis las pequeñas rencillas y os suméis al Ejército que capitaneó y conduce ese anciano venerable, que no esgrime en su mano la espada sino la cruz donde murió Cristo pidiendo a todos y dándose en redención por todos, a ese Pastor y a ese Padre, que nunca amenaza, a nadie aldice, sino que a todos bendice, consuela, alivia... a ese Vicario de Cristo que se levanta en medio de un mundo altrecho por el dolor y el sufrimiento y de ese grito de todo y repite con gesto y ademán de invitación suave.. "venid a mí todos los que estais cargados y agobiados que yo os aliviaré.."

VIVA EL PAPA